

XV Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología. XXX Jornadas de Investigación. XIX Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. V Encuentro de Investigación de Terapia Ocupacional V Encuentro de Musicoterapia. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2023.

# **Algunas consideraciones sobre las referencias biológicas de Freud en su texto «Más allá del principio de placer».**

Messina, Diego.

Cita:

Messina, Diego (2023). *Algunas consideraciones sobre las referencias biológicas de Freud en su texto «Más allá del principio de placer»*. XV Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología. XXX Jornadas de Investigación. XIX Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. V Encuentro de Investigación de Terapia Ocupacional V Encuentro de Musicoterapia. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-009/426>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/ebes/r9f>

*Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.*

# ALGUNAS CONSIDERACIONES SOBRE LAS REFERENCIAS BIOLÓGICAS DE FREUD EN SU TEXTO «MÁS ALLÁ DEL PRINCIPIO DE PLACER»

Messina, Diego

Universidad de Buenos Aires. Facultad de Psicología. Buenos Aires, Argentina.

## RESUMEN

Ciertos hechos de la clínica fundaron en Freud la convicción de la existencia de una tendencia que opera más allá del principio de placer. La convicción de dicha tendencia, que fue conceptualizada como compulsión de repetición, inspiró en Freud la necesidad de una reformulación radical de su doctrina pulsional, a partir del reconocimiento de una característica de las pulsiones que hasta ese momento no había sido claramente consignada, a saber el afán de restablecer un estado anterior (carácter regresivo). En el presente trabajo se pretende esclarecer, por un lado, los motivos que llevaron a Freud a utilizar el recurso de la biología para modelizar su nueva doctrina de las pulsiones, y, por otro lado, señalar las aporías que culminaron con el fracaso de este ejercicio especulativo.

### Palabras clave

Psicoanálisis - Biología - Compulsión de repetición - Pulsión de muerte

## ABSTRACT

SOME CONSIDERATIONS ON FREUD'S BIOLOGICAL REFERENCES IN HIS TEXT «BEYOND THE PLEASURE PRINCIPLE»

Certain clinical facts founded Freud's conviction of the existence of a tendency that operates beyond the pleasure principle. The conviction of this tendency, which was conceptualized as a compulsion to repeat, inspired in Freud the necessity for a radical reformulation of his instinctual doctrine, based on the recognition of a characteristic of the drives that until then had not been clearly consigned, namely the eagerness to restore a previous state (regressive character). In the present work we intend to clarify, on the one hand, the reasons that led Freud to use the resource of biology to model his new doctrine of the drives, and, on the other hand, point out the aporias that culminated in the failure of this speculative exercise.

### Keywords

Psychoanalysis - Biology - Compulsion to repeat - Death drive

## El recurso fallido a la biología.

Freud afirma en su texto de 1920 «Más allá del principio de placer» que la observación más profunda de los fenómenos transferenceales fue lo que lo llevó a suponer la existencia de una compulsión de repetición que se instaura en la vida anímica como un más allá del principio de placer (1992c, p.22). El discernimiento de este nuevo elemento fue complicado ya que sólo en casos raros se lo puede apreciar en estado puro, sin que a su vez intervengan otros motivos con los cuales el psicoanálisis ya se encontraba más familiarizado (op.cit., p.21), como por ejemplo la interpretación de los síntomas que adopta como referencia la significación sexual. Despejando estos motivos familiares, la repetición determina un límite a la interpretación psicoanalítica clásica y por lo tanto un obstáculo para la labor terapéutica.

La esperanza de comprobar la existencia de tendencias anteriores e independientes del principio de placer, que expliquen los hechos de la compulsión de repetición, será depositada por Freud en la indagación de la cuestión de la «muerte natural» y verificar, de alguna manera, si la misma acontece o no por motivos internos; es decir, Freud apuesta a una comprobación biológica (op.cit., p.39)[i]. Hay algo indiscutible: “todo lo vivo muere, regresa a lo inorgánico” según Freud “por razones *internas*” (op.cit., p.38). Toda variabilidad y progreso tendría su origen en la influencia del exterior, mientras que otras tendencias internas tendrían como meta inercial el regreso a lo inanimado. Por lo tanto, Freud se dedica ahora a refutar adrede el supuesto de que “todo ser vivo tiene que morir por causas internas” (op.cit., p.43) con el fin de investigar su grado de solidez y decidir si se puede o no construir sobre estos cimientos un nuevo edificio metapsicológico que dé cuenta de los hechos clínicos más enigmáticos.

Freud afirma que para los antiguos la idea de la muerte natural era algo desconocido, a saber la muerte entendida como un destino fatal que ocurre necesariamente por razones internas. Para ellos la muerte acontecía de un modo contingente por “la influencia de un enemigo o de un espíritu maligno” (op.cit., p.44). Nosotros observamos que se trata de ideas opuestas pero ambas son, en definitiva, creencias que pretenden dar una respuesta final a la pregunta por el porqué de la muerte. Freud recurre a la ciencia biológica para someter a examen la creencia en “la legalidad interna del morir” (op.cit.), pero con respecto a este tema existe muy poco acuerdo entre los biólogos que no habían

logrado una definición conceptual acabada sobre la muerte. Freud retoma los trabajos de August Weismann (1834-1914), los cuales resultan en principio interesantes dado que este autor diferencia, en la sustancia viva, una mitad mortal (el soma, sujeto a la muerte natural) y una mitad potencialmente inmortal (las células germinales). Pero el interés de la biología por la sustancia viva no es compartida por el psicoanálisis, el cual se interesa más por “las fuerzas que actúan en ella” (op.cit., p.45). En 1920, Freud pretendía distinguir dos clases de pulsiones primordiales, y dicha doctrina no sería otra cosa que “un corolario dinámico de la teoría morfológica de Weismann” (op.cit.). Sin embargo, la “ilusión de un acuerdo” desaparece cuando Freud da cuenta del concepto de muerte con el que Weismann opera, a saber “la muerte aparece únicamente entre los metazoos, los pluricelulares (...) seres vivos superiores” (op.cit.). Esta muerte natural [del soma], producto de causas internas, “no puede entenderse como una necesidad absoluta, fundada en la naturaleza de la vida” (op.cit.). Para Weismann, la muerte no sería otra cosa que un “mecanismo de conveniencia (...) un fenómeno de la adaptación a las condiciones vitales externas (...) [ya que] una duración ilimitada de la vida individual habría pasado a ser un lujo carente de finalidad” (op.cit.). Para Weismann, la muerte del soma fue introducida “desde afuera”, mientras que una función tal como la reproducción sí sería para él “una propiedad primordial de la materia viva” (op.cit., p.46).

Si se plantea que “la muerte es una adquisición tardía del ser vivo” (op.cit.) ya no se podría hablar de pulsiones de muerte primordiales, que es lo que Freud pretendía establecer como necesario para dar cuenta de la compulsión de repetición. Por lo tanto, que el soma de los animales superiores muera por razones internas es algo que carece de todo interés para resolver el problema. ¿Acaso la respuesta no puede ser encontrada en la biología porque lo que se está investigando, en definitiva, no tendría nada que ver con la muerte natural? Desde nuestro punto de vista, todo nos hace sospechar que esta especulación Freudiana está fundamentada un concepto muy particular de muerte no del todo esclarecido incluso por el mismo Freud. La tesis de Weismann de la adquisición tardía de la muerte “vale sólo para las exteriorizaciones manifiestas de la muerte y no habilita a hacer supuesto alguno en cuanto a los procesos que esfuerzan hacia ella” (op.cit., p.48), lo cual es en definitiva lo que le interesa resolver al psicoanálisis.

En resumen, Freud había recurrido a la ciencia biológica para someter a examen la creencia en “la legalidad interna del morir” (op.cit., p.44), pero su expectativa no pudo cumplirse ya que la biología desecharía de plano el reconocimiento de la pulsión de muerte (op.cit., p.48). En todo caso, sería más un problema de la biología el hecho de si acepta o no la hipótesis psicoanalítica de la existencia de las pulsiones de muerte, mientras que ya no sería un problema para el psicoanálisis la decisión de incorporar la noción biológica de muerte natural para proseguir con sus especulaciones.

Muchos han acusado a Freud de sostener en sus elaboraciones un biologismo propio del siglo XIX. Pero la definición de pulsión como “concepto fronterizo entre lo anímico y lo somático” (1992b, p.117) quizás sea el motivo por el cual Freud pretende encontrar inspiración en los desarrollos de la biología, no siendo necesario adscribir esta pretensión exclusivamente a una “cuestión de época”. Puede ser que Freud entienda que las fuerzas que ponen en marcha los distintos procesos anímicos - que tanto le interesa descubrir y describir para poder completar su ansiado edificio metapsicológico, incluyendo el punto de vista económico - son las mismas que están detrás de los procesos biológicos, tanto celulares como orgánicos. Por ejemplo, Freud considera válido el intento de “trasferir a la relación recíproca entre las células la teoría de la libido elaborada por el psicoanálisis” (1992c, p.49):

(...) las pulsiones de vida o sexuales, activas en cada célula, son las que toman por objeto a las otras células, neutralizando en parte sus pulsiones de muerte (...) otras células procuran lo mismo a las primeras, y otras, todavía, se sacrifican a sí mismas en el ejercicio de esta función libidinosa (op.cit.).

Toda la especulación Freudiana se asienta en la convicción de que una “psicología correcta” sólo puede fundamentarse en un conocimiento acabado acerca de “la naturaleza común y las eventuales particularidades de las pulsiones” (op.cit., p.50), pero no hay cuestión en la que la psicología se muestre más titubeante e imprecisa. Por lo tanto, dado que el psicoanálisis no puede prescindir de algún tipo de hipótesis acerca de las pulsiones, la doctrina sobre las mismas tuvo que ir sufriendo modificaciones en función de las nuevas observaciones que se fueron presentando en el marco de la experiencia psicoanalítica.[ii]

Si ahora tomamos la cuestión específica de las pulsiones sexuales desde un punto de vista biológico, el mismo “despoja al problema de la reproducción de su secreto encanto” (op.cit., p.55): no habría necesidad de concebir al «sexo» como una cuestión primordial, y las pulsiones sexuales - junto con su afán de fusionar dos cuerpos celulares y buscar la unión sexual - en realidad no harían más que repetir “algo que una vez ocurrió por casualidad y después se afianzó por resultar ventajoso” (op.cit.). Es así como chocamos nuevamente contra una barrera, del mismo modo como sucedió al indagar el problema de la muerte. La concepción biológica de la sexualidad, de corte darwinista, no sirvió al propósito de Freud por no permitir reconocer, aunque de alguna manera lo presuponga, “la existencia de pulsiones de vida que actúan ya en el ser vivo más simple” (op.cit.).

Otra vía interesante sobre el mismo tema podría abrirse si nos procurásemos información acerca del “origen de la reproducción genésica y de las pulsiones sexuales en general” (op.cit.), en tanto que ¿complemento? del espinoso problema sobre el porqué de la muerte. El tratamiento del enigma sobre el origen de la diferencia sexual se trata de una “tarea (...) que los propios investigadores especializados no han podido resolver hasta hoy” (op.cit.). Dice Freud:

(...) rara vez se es imparcial cuando se trata de las cosas últimas, de los grandes problemas de la ciencia y de la vida (...) cada cual está dominado por preferencias hondamente arraigadas en su interioridad, que, sin que se lo advierta, son las que se ponen por obra cuando se especula (op.cit., p.58).[iii]

Al considerar a la ciencia sobre la génesis de la sexualidad como “un recinto oscuro donde no ha penetrado siquiera la vislumbre de una hipótesis” (op.cit., p.56), incluso se terminan volviendo valiosas teorías de naturaleza fantástica que, a pesar de proponer “más un mito que una explicación científica” (op.cit.), por lo menos comprende la génesis de la pulsión sexual “*de la necesidad de restablecer un estado anterior*” (op.cit.), a saber el relato que Platón hace desarrollar en *El banquete* por Aristófanes. El anhelo de fusionarse el uno con el otro como si fuesen ambos un solo ser - imagen que tan bien puede representar la finalidad de las pulsiones sexuales - tendría su génesis en un seccionamiento primordial del ser llamado andrógino.

Así llegamos al punto donde Freud decide interrumpir su especulación, y por lo tanto nosotros podemos recoger algunas conclusiones parciales: 1) las pulsiones de muerte tendrían su origen primordial en la *interrupción del estado inorgánico*, lo cual determina en el ahora *ser viviente* la tendencia perentoria de regresar al grado cero de estimulación (principio de Nirvana); mientras que las pulsiones de vida se producirían primordialmente a partir de *un desgarró*, una sección que determina en el ahora *ser dividido* la tendencia a alcanzar una reunión que restituya el estado anterior de fusión, ya sea de modo directo (principio de placer) o mediante rodeos (principio de realidad).

### **La cuestión del carácter regresivo de la pulsión.**

El problema de las pulsiones es la gran X que impulsa a la especulación que muchas veces no gozaría de demasiada precisión, motivo por el cual Freud decide jugar una nueva carta planteando un supuesto “carácter universal de las pulsiones” que hasta ahora no había sido ni reconocido ni destacado con claridad (op. cit., p.36): “*Una pulsión sería entonces un esfuerzo, inherente a lo orgánico vivo, de reproducir de un estado anterior* que lo vivo debió resignar bajo el influjo de fuerzas perturbadoras externas” (op.cit.). La vida orgánica se caracterizaría por una elasticidad que se manifiesta en las pulsiones como una especie de inercia o de naturaleza conservadora de lo viviente. Este planteo es totalmente opuesto a lo que ya se había establecido en psicoanálisis, “habitado a ver en la pulsión el factor que esfuerza en el sentido del cambio y del desarrollo” (op.cit.). ¿Acaso no habría que postular la existencia de, por un lado, pulsiones conservadoras y, por otro lado, pulsiones “que esfuerzan en el sentido de la creación y del progreso” (op.cit., p.37)? En principio, Freud pretende “seguir hasta sus últimas consecuencias la hipótesis de que todas las pulsiones quieren reproducir algo anterior” (op.cit.) para ver qué surge de allí, aunque esta tarea pueda tener aires místicos ¿acaso por el monismo que implica? Igualmente, sabemos de antemano que este ejercicio va a fracasar porque si no Freud

nunca hubiese establecido su nuevo dualismo pulsional.

Para esclarecer este nuevo aspecto de ¿todas? las pulsiones, Freud trae a colación cuestiones relacionadas con los fenómenos de la herencia y con hechos de la embriología que, de alguna manera, ejemplifican esta presencia de la “compulsión de repetición en el mundo orgánico” (op.cit.):

(...) si todas las pulsiones orgánicas son conservadoras, adquiridas históricamente y dirigidas a la regresión, al restablecimiento de lo anterior, tendremos que anotar los éxitos del desarrollo orgánico en la cuenta de influjos externos, perturbadores y desviantes (...) el ser vivo elemental no habría querido cambiar y, de mantenerse idénticas las condiciones, habría repetido siempre el mismo curso de vida (pp.37-8).

En conclusión, las variaciones en el curso vital de un organismo serían impuestas desde el exterior y luego recogidas por las pulsiones orgánicas conservadoras que las preservan “en la repetición” (op.cit., p.38), dando de este modo “la engañosa impresión de que aspiran al cambio y al progreso, cuando en verdad se empeñaban meramente por alcanzar una vieja meta a través de viejos y nuevos caminos” (op.cit.).

Según Freud, la meta de todo esfuerzo orgánico no podría ser jamás arribar a un estado nunca antes alcanzado, dada la supuesta naturaleza conservadora de toda pulsión orgánica, sino que sí o sí la meta del esfuerzo tiene que ser alcanzar “un estado antiguo, inicial, que lo vivo abandonó una vez y al que aspira a regresar por todos los rodeos de la evolución” (op.cit.). Como afirmamos más arriba, algo que es indiscutible es que todo lo vivo muere y regresa a lo inorgánico: “*La meta de toda vida es la muerte*” (op.cit.).

Freud especula que a partir del momento en que, por motivos desconocidos, “se suscitaron en la materia inanimada las propiedades de la vida (...) nació la primera pulsión, la de regresar a lo inanimado” (op.cit.). Posteriormente, toda alteración o desviación impuesta por el mundo exterior fueron retenidas “fielmente por las pulsiones conservadoras” en tanto “rodeos para llegar a la muerte” (op.cit.). Pero aquí se comienza a delinear un límite: “No podemos llegar a otras conjeturas acerca del origen y la meta de la vida si nos atenemos a la idea de la naturaleza exclusivamente conservadora de las pulsiones” (op.cit.).

Se plantea aquí una paradoja: Esta postura obliga a definir el estatuto de las pulsiones de autoconservación como “pulsiones parciales destinadas a asegurar el camino hacia la muerte peculiar del organismo” (op.cit., p.39), esfumándose “ese enigmático afán del organismo (...) por afirmarse a despecho del mundo entero” (op.cit.) ya que “el organismo sólo quiere morir a su manera” (op.cit.). Habríamos caído en una trampa reconociendo a las pulsiones de autoconservación como “guardianes de la vida” cuando en realidad se trataban de “alabarderos de la muerte”. Sería poco inteligente que el organismo vivo luche enérgicamente contra aquellos peligros exteriores que bien podrían ayudarlo a “alcanzar su meta vital por el camino más corto” (op.cit.). Esta conducta tendría de pulsional lo que tiene de

irracional, por eso sólo podría ser adscripta a la labor de alguna moción pulsional, ante lo cual Freud exclama que “¡eso no puede ser así!” (op.cit.).

¿Qué ocurre si a este estado de cosas se incluyen las pulsiones sexuales? Si bien todos los organismos vivos están expuestos a los estímulos exteriores, no todos fueron empujados hacia un desarrollo más avanzado, sino que supieron “conservarse hasta el presente en su estado inferior” (op.cit.); al mismo tiempo que “no todos los organismos elementales que integran el cuerpo complejo de un ser vivo superior acompañan su camino íntegro de desarrollo hasta la muerte natural” (op.cit.), como es el caso de las células germinales.

El propósito de las células germinales está justamente “en contra del fenecimiento de la sustancia viva y saben conquistarle lo que no puede menos que aparecérsenos como su inmortalidad potencial” (op.cit., p.40). Pero a Freud le interesa subrayar como significativo el hecho de que “es la fusión de la célula germinal con otra, semejante a ella y no obstante diversa, lo que la potencia para esta operación” (op.cit.). Además, las pulsiones sexuales son tan o incluso más conservadoras que las pulsiones de autoconservación, ya que “resultan particularmente resistentes a injerencias externas” al mismo tiempo que “conservan la vida por lapsos más largos” (op.cit.).

Desde este punto de vista, las pulsiones sexuales serían “las genuinas pulsiones de vida; dado que contrarían el propósito de las otras pulsiones (propósito que por medio de la función lleva a la muerte)” (op.cit.). Aquellos representantes psíquicos del esfuerzo hacia el progreso, reconocidos por el psicoanálisis como pulsiones sexuales, lograron sobrevivir al ataque conceptual que Freud propuso al plantear una nueva definición del concepto de pulsión a partir del carácter inercial y regresivo. El intento por establecer un monismo pulsional resultó en una paradoja cuya resolución culminó en el planteo de un nuevo dualismo pulsional.

La misma forma de plantear la cuestión es la que obliga a formular el interrogante sobre la existencia de pulsiones que no tengan como meta el restablecimiento de un estado anterior, “que aspiren a algo todavía no alcanzado” (op.cit., p.41). Es verdad que las pulsiones sexuales son factores que motorizan el progreso, pero no por ello estamos autorizados a elevarlas al estatuto de ser las representantes de una tendencia a la perfección. Freud afirma que en el mundo orgánico, tanto en el reino animal como en el vegetal “no se comprueba la existencia de una pulsión universal hacia el progreso evolutivo” (op.cit.). El planteo de la existencia de una “pulsión de perfeccionamiento” que habitaría en el ser humano, a la cual se le pudiese adscribir “su actual nivel de rendimiento espiritual y de sublimación ética” (op.cit.), se asemeja más a una creencia, a una “consoladora ilusión” (op.cit.), que en última instancia no sería más que otra manera de definir, de modo esencialista, la naturaleza humana a partir de la presencia de un componente excepcional que muchos han reconocido incluso de origen divino. En todo

caso el Eros, en su afán “por conjugar lo orgánico en unidades cada vez mayores” (op.cit., p.42), no sea otra cosa que una función ilusoria que pretende sustituir la falta de lo que no hay y se echa de menos.

Al parecer de Freud, “la evolución que ha tenido hasta hoy el ser humano no precisa de una explicación diversa que la de los animales” (op.cit., p.41). Se sostiene la explicación canónica según la cual lo más valioso que hay en la cultura humana se edifica sobre la base de la constante represión de las pulsiones que no cesan de “aspirar a su satisfacción plena” (op.cit., p.42). El intento de la pulsión, en estado de represión, de repetir plenamente “una vivencia primaria de satisfacción” (op.cit.) produce una acción que indefectiblemente culminará en un fracaso, dada la insuficiencia de todas las formaciones sustitutivas, reactivas y sublimatorias “para cancelar su tensión acuciante” (op.cit.). El mantenimiento de la represión es lo que impone un obstáculo que se resiste a que el camino regresivo, en búsqueda de la satisfacción plena, alcance su meta, por lo que no queda otra opción más que avanzar en una dirección progresiva que no promete ni la clausura de la marcha ni el alcance de la meta... a no ser de modo parcial: “la diferencia entre el placer de satisfacción hallado y el pretendido engendra el factor pulsionante, que no admite aferrarse a ninguna de las situaciones establecidas” (op.cit.).

Generalizar para toda pulsión la característica de pretender restablecer un estado anterior implica aceptar sin asombro alguno la existencia en la vida anímica de procesos independientes del principio de placer. Pero lo que no tenemos derecho de afirmar es la idea de que dichos procesos se oponen a él, quedando irresuelto en este texto el esclarecimiento definitivo de las relaciones entre la compulsión de repetición y establecimiento (casi) irrestricto del principio de placer con posterioridad.

### **Resultado final de la especulación Freudiana.**

En definitiva, las referencias a la biología terminan resultando impropias si se toman al pie de la letra y si se pretende a partir de ellas comprender ciertos fenómenos de la experiencia analítica que tienen que ver con cuestiones propias de la subjetividad. Que los fenómenos subjetivos sean objetos de difícil captación justifica la necesidad de ir en búsqueda de modelos por fuera del campo disciplinar que enmarca la experiencia en que dichos fenómenos se producen; Freud apuesta al campo de la biología, pero esta se muestra impotente a la hora de ofrecer modelos adecuados para la comprensión de lo que sucede en el interior de la experiencia analítica. Las observaciones en el interior de dicha experiencia convencieron a Freud de la existencia de pulsiones primordiales que no tuvieron que ser adquiridas tardíamente, pero no logra encontrar un sustento biológico acabado para esta convicción. No se trata de afirmar que la biología no tenga nada que aportar para la modelización de cuestiones subjetivas, sino que simplemente no estamos autorizados para convertir a la biología en la panacea. Dice Freud:

Al juzgar nuestra especulación acerca de las pulsiones de vida y de muerte, nos inquietará poco que aparezcan en ella procesos tan extraños e inimaginables (...) Esto sólo se debe a que nos vemos precisados a trabajar con los términos científicos (...) con el lenguaje figurado {en imágenes} propio de la psicología (...) de las profundidades (...) De otro modo no podríamos ni describir los fenómenos correspondientes; más aún, ni siquiera los habríamos percibido. Es probable que los defectos de nuestra descripción desaparecieran si en lugar de los términos psicológicos pudiéramos usar ya los fisiológicos o químicos. Pero en verdad también estos pertenecen a un lenguaje figurado, aunque nos es familiar desde hace más tiempo y es, quizá, más simple (op.cit., p.58).

Al fin y al cabo, afirma Freud, “la incerteza de nuestra especulación se vio aumentada en alto grado por la necesidad de tomar préstamos a la ciencia biológica” (op.cit.).

#### NOTAS

[i] En este mismo texto de Freud se utilizaron modelos biológicos para comprender cuestiones como el origen de la conciencia y la discriminación de sistemas psíquicos teniendo en cuenta las distintas funciones psíquicas (percepción y memoria).

[ii] En primer lugar, el concepto de sexualidad y el de pulsión sexual se vio extendido “a muchas cosas que no se subordinaban a la función de reproducción” (1992c, p.50). En segundo lugar, (...) llamó la atención (...) la regularidad con que la libido era quitada

del objeto y dirigida al yo (introversión)” (op.cit.), deduciendo así que “el yo era el reservorio {*Reservoir*} genuino y originario de la libido [libido yoica o narcisista], la cual sólo desde ahí se extendía al objeto [libido objetal] (op.cit.).

En este punto se volvió insuficiente la oposición entre pulsiones yoicas y pulsiones sexuales al reconocer que parte de las primeras también eran de carácter libidinoso (1992a), produciéndose un nuevo problema: “Si también las pulsiones de autoconservación son de naturaleza libidinosa, acaso no tengamos otras pulsiones que las libidinosas” (op.cit., p.51). [iii] En el inicio del punto IV del texto en cuestión, Freud advierte que el desarrollo que presentará a continuación se trata de una especulación “que cada cual estimará o desdeñará de acuerdo con su posición subjetiva” (op.cit., p.24). Eso bien puede significar que todo lo que sigue no se tratará estrictamente de “ciencia”, ya que la aceptación de una idea científica no depende de la posición subjetiva de cada quien.

#### BIBLIOGRAFÍA

- Freud, S. (1992a). Introducción del narcisismo (1914). En *Sigmund Freud Obras Completas*, tomo XIV, pp.65-98. Amorrortu Editores: Buenos Aires.
- Freud, S. (1992b). Pulsiones y destinos de pulsión (1915). En *Sigmund Freud Obras Completas*, tomo XIV, pp.105-134. Amorrortu Editores: Buenos Aires.
- Freud, S. (1992c). Más allá del principio de placer (1920). En *Sigmund Freud Obras Completas*, tomo XVIII, pp.1-62. Amorrortu Editores: Buenos Aires.